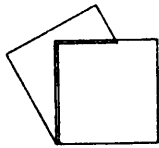


.....

*Transiciones
a la democracia
Lecciones
para México*

Ilán Bizberg,
Marcin Frybes
(compiladores)



cal y arena

Indice

PREFACIO

Alain Touraine 11

INTRODUCCIÓN

Ilán Bizberg y Marcin Frybes 23

I. LAS SALIDAS DEL COMUNISMO: SOBRE EL LIBERALISMO

Y LA DEMOCRACIA 35

La transición postcomunista en Europa central y oriental

Ivan Gabal 37

La naturaleza de la transición: reflexiones epistemológicas

Patrick Michel 73

La democracia después de la caída

Soledad Loaeza 89

Reflexiones sobre la democracia formal y sustantiva

Dietrich Rueschemeyer 119

II. LAS TRANSICIONES EXITOSAS: EL CASO DE EUROPA CENTRAL 153

El caso de Eslovaquia

Soňa Szomolányi 155

El despertar democrático de Eslovaquia

Martin Bútora, Zora Bútorová 187

El sentimiento nacional polaco	
Marcin Kula	213
La reconstrucción de las relaciones industriales	
Ilán Bizberg	239
Socialdemócratas y comunistas reformados en Alemania oriental	
Marilyn Rueschemeyer	277
III. UNA TRANSICIÓN PROBLEMÁTICA: EL CASO RUSO	305
¿A dónde va Rusia?	
Michel Wieviorka	307
Instituciones, libertad y justicia en Rusia	
Juan Gustavo Galindo	327
La rebelión de las regiones	
Edit Antal	351
Política económica y grupos de interés	
Vladímir Mau	379
El sector empresarial en la Rusia postcomunista	
Tatiana Sidorenko	405
La transición de la fe: la iglesia ortodoxa rusa (1988-1996)	
Jean Meyer	435
IV. CONCLUSIONES. EL POSTCOMUNISMO Y MÉXICO	457
Las políticas económicas de ajuste en México	
Víctor L. Urquidi	459
Enseñanzas de las transformaciones sistémicas en las eco- nomías de tipo soviético	
Jacques Sapir	473

El régimen político mexicano: ¿en descomposición o en recomposición?	
Ilán Bizberg	517
Reformas macrosociales en una perspectiva comparativa: los países postcomunistas y México	
Jadwiga Staniszkis	539
México: ¿todo lo social se desvanece?	
Sergio Zermeno	563
Las transiciones políticas en Europa central y Rusia: sus enseñanzas para el caso mexicano	
Ilán Bizberg y Marcin Frybes	591

Prefacio

Alain Touraine

Hay varias maneras de leer este libro. La más natural es considerarlo como un estudio de los países excomunistas diez años después de la caída del muro de Berlín, haciendo una comparación con México. Todos esos países se alejan de la economía administrada y del partido-Estado omnipresente pero ya distanciado del espectro del totalitarismo. ¿Cómo ingresan a esta economía de mercado internacionalizada, a nivel económico pero también político? En efecto, cabe hacernos las siguientes preguntas: ¿acaso la economía de mercado y la democracia están necesariamente unidas?, ¿se entra a las dos al mismo tiempo? A la inversa, uno podría buscar a los sobrevivientes de los antiguos regímenes en las relaciones sociales, así como en la organización administrativa o incluso económica. A los lectores de este libro, les pido que, junto con estas interrogantes, tengan en mente la pregunta inquieta que se ha planteado en cada uno de los capítulos.

La casa vacía, la novela de Carlos Cerda, es una metáfora de Chile después de la dictadura, la cual se derrumbó casi al mismo tiempo que el régimen soviético. ¿Cómo reconstruir una sociedad? Y aquellos que aman a Chile y a quienes alegra saber que a Pinochet lo han privado de su libertad saben que esa casa querida sigue vacía, aun si sus cavas están llenas. Así, mi pregunta y mi preocupación son las siguientes: ¿acaso también están vacías las otras casas, las del antiguo mundo comunista? y, ¿acaso se oye más ruido por el lado de México, un país que también pasa por un proce-

so de rápida transformación? Tenemos buenos motivos para emitir un fallo positivo sobre la historia reciente de los países de la Europa central postcomunista y suficientes razones como para tomar en cuenta mi dictamen... esas casas están vacías; no sólo porque dan una prioridad absoluta a la organización económica por encima de la acción social, sino porque esta región entra a un mundo en donde casi todo es silencioso y está vacío, un mundo que se define por la apertura de los mercados más que por las decisiones políticas, así como por el aumento de las desigualdades más que por las políticas sociales. Al expresarme con estas palabras, en el umbral de este libro, no busco desalentar al lector; por el contrario, me gustaría incitarlo a que fuera todo ojos y oídos para que observe nuevos personajes y escuche nuevas voces. En efecto, después de este largo periodo de eliminación de los antiguos cuadros políticos (a quienes era necesario destruir), no quiero dudar que entramos ya, y a un paso que cada vez se acelera más, en una nueva era de la historia mundial en donde, al interior de los mercados abiertos y ante las tecnologías en explosiva evolución, las regiones, los países, las ciudades, las categorías económicas o las comunidades culturales van a querer construir nuevamente las casas, en función de la imagen que tienen de lo que es la justicia y la felicidad.

Los responsables de este libro han decidido agrupar los estudios que lo componen bajo el título de *Transiciones a la democracia*. ¿Por qué transiciones? ¿Por qué hacia la democracia? Los textos aportan elementos de respuesta originales, pero lo que impresiona primero al lector es cuán pocas certezas e instrumentos de análisis tenemos para explicar fenómenos históricos de tanta importancia. En relación con la caída del imperio soviético pueden defenderse dos posturas extremas: la que podemos llamar voluntarista, de la cual Jadwiga Staniszkis nos ofrece una versión muy elaborada. Lo que llamamos caída es en realidad

una estrategia de las élites dirigentes soviéticas, civiles y militares, para entrar al mundo ya globalizado con formas de administración muy particulares. Esta tesis se aplica mejor aún al caso de China y de Vietnam, en donde las autoridades comunistas han conservado el control del poder. Si admitimos esta tesis, podemos hablar de transición, puesto que una élite dirige el paso de un sistema económico y político a otro en donde cree poder defender sus intereses; mas no se trata de una transición hacia la democracia, como lo muestra el caso de China e incluso el de Rusia, Ucrania y Bielorrusia.

La postura contraria es la de la implosión, es decir una transformación no deseada y no controlada que, por consiguiente, no puede llamarse transición, dado que no se sabe adónde va pero que, indirectamente, puede llevar a la democratización por la simple desaparición de un poder de naturaleza autoritaria.

Estas dos interpretaciones están lejos de ser contradictorias y permiten pensar que lo que uno llama transición es, en primer lugar, una deriva que va de ninguna parte hacia ninguna parte. El sistema soviético no iba a ninguna parte. Al igual que en los treinta años gloriosos de los que J. Fourastié habló refiriéndose a Francia, los países comunistas experimentaron una recuperación y un crecimiento importantes, coronados por las hazañas de los científicos y de los técnicos espaciales; sin embargo, el sistema soviético fue incapaz de superar ese estatismo, el cual perdió eficacia a la par que conservó su autoritarismo durante la era de Brézhnev. Haciendo a un lado el caso de los Estados Unidos, la situación de casi todos los países desarrollados o semidesarrollados puede analizarse por la manera en que han logrado manejar con rapidez o lentitud, con brutalidad o suavidad, su “transición” de la economía administrada de la postguerra a la economía de mercado y financiera internacionalizada que se establece a partir de mediados de los setenta. Algunos paí-

ses importantes se resistieron, durante todo el tiempo que les fue posible, a efectuar una mutación que ni siquiera entendían y no se adaptaron a ella más que por la fuerza y al precio de grandes tensiones políticas. Este es el caso de India, Francia, Brasil y también México. Otros países, como Gran Bretaña, se lanzaron con furia atacando de manera voluntarista el sistema anterior, el Estado de bienestar que, por lo demás, se mantuvo en pie sólo para lo esencial. Sin embargo, esta nueva organización de la economía mundial no provocó el nacimiento de una nueva sociedad. En muchos casos, la vida política y social se debilitó al punto de casi desaparecer o bien se formaron contraculturas de identidad que no deseaban crear ni podían luchar a favor de nuevas políticas sociales. Es por eso que el antiguo imperio soviético pasó de ser una nada económica a ser una nada social y política. Estas palabras son voluntariamente excesivas y deberían matizarse mucho, pero al suavizarse perderían su función iconoclasta. Antes que nada, denotan que no hubo una gran marcha hacia el Occidente, mucho menos levantamientos nacionales o populares para construir una nueva sociedad. Claro está, me refiero a los años posteriores a la caída del muro de Berlín. En 1980 y 1981, Solidarnosc surgió como un levantamiento formidable, a la vez nacional, social y democrático, contra una dominación comunista antinacional, antisocial y autoritaria, mas ése no fue el nacimiento de un porvenir, fue un terremoto que amenazó al imperio, un movimiento social total al que sólo pudieron frenar un golpe de estado militar y el temor de una invasión soviética. Fue la señal más importante del fin de un mundo y no el anuncio de uno nuevo, pues el Solidarnosc de Gdansk no volvió a aparecer después de la mesa redonda de 1989. Los opositores checos de la Carta 77 se habían quedado aislados mientras que Hungría avanzaba hacia una economía más eficaz a paso de tortuga. ¿Acaso es menester recordar que el imperio soviético, al igual que las dictaduras mili-

tares de América Latina, no fue derrocado por los movimientos populares? Uno no debería olvidar los intentos de liberación de Alemania oriental que culminaron en Leipzig, pero sobre ninguna pared se puede pegar la réplica del famoso cuadro de Delacroix en donde un obrero y un estudiante luchan, empuñando las armas, por la libertad.

Lo que explica mejor el inmenso éxito y luego el brutal fracaso de Gorbachov, quien hoy en día ya no existe en la memoria de los rusos, es la ausencia, al principio, de actores del cambio social. Lo que caracteriza la situación actual de los antiguos países comunistas es también la ausencia, casi absoluta, de actores sociales del cambio. La economía capitalista inundó y fertilizó las tierras desecadas del comunismo, mas no provocó una “revolución” anticomunista. Para retomar los términos del famoso debate sobre el fin del imperio romano..., el imperio soviético no fue asesinado, murió de una enfermedad incurable, el comunismo. El régimen totalitario, suavizado con frecuencia como régimen autoritario, había colocado a la sociedad, a la actividad económica, al proceso político, a la expresión cultural e incluso al sentimiento nacional bajo el control exclusivo del partido-Estado. En conjunto, el régimen comunista había alcanzado su objetivo; había devorado a la sociedad, aun cuando la digestión haya sido difícil.

Sin embargo, del otro lado, cuando el Muro se derrumba desde dentro antes de que lo destruyan los apasionados de la libertad, la escena social está casi igual de vacía. Las fuerzas sociales y políticas creadas por los trabajadores y sus aliados en las sociedades industriales ya habían desaparecido o estaban muy debilitadas. Los sindicatos se encontraban en un retroceso casi general y habían perdido casi toda su fuerza en Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y España aunque por fortuna, conservaban algo de fuerza en Italia y Alemania. La socialdemocracia no era